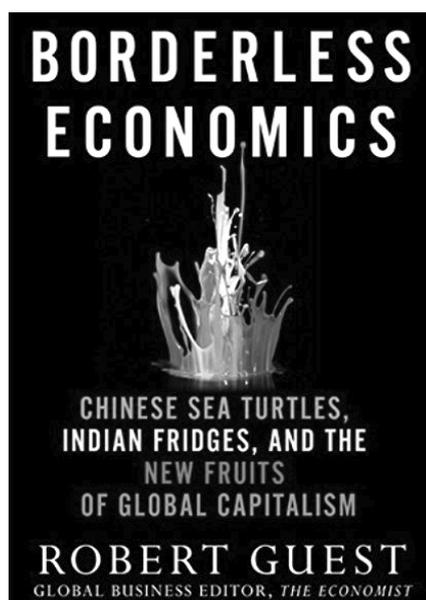


# RESEÑA

## BORDERLESS ECONOMICS

Robert Guest

St. Martin's Griffin, 2013



«Los movimientos migratorios son, de lejos, el arma más poderosa para luchar contra la pobreza en el mundo». Esta es la principal conclusión del autor de este libro. Y lo acompaña de un «las fronteras abiertas benefician también a los países ricos», por si acaso.

El libro *Borderless Economics* es un libro sobre conexiones y redes. Concretamente, sobre conexiones y redes internacionales creadas por personas que cruzan fronteras e intercambian ideas. Estas redes son, defiende, el «sistema nervioso central» de la economía global.

Aunque los humanos somos seres inteligentes, el autor enfatiza nuestra incapacidad para sobrevivir por nosotros mismos. El consumidor moderno, dice, no es autosuficiente: no sería capaz, por ejemplo, de construir por sí mismo algo tan simple como una tostadora. Es nuestra capacidad para especializarnos, organizarnos y coordinarnos lo que nos permite «hacer» una tostadora en un tiempo récord: a uno le basta con trabajar un par de horas al salario mínimo para reunir los 15 euros necesarios que cuesta una tostadora. Si la capacidad de moverse y organizarse libremente en una pequeña comunidad facilita que se instalen un carpintero, un electricista y una pequeña fábrica que nos permitan montar y equipar una cocina que por nosotros mismos no construiríamos ni en varias vidas, ¿se imaginan los beneficios del libre movimiento de personas a nivel global? 63 billones de euros. Esa es la cifra que, según un artículo reciente citado por *The Economist* (revista de la que, por cierto, Robert Guest es editor), traería consigo un mundo sin barreras a las personas. Es decir, el PIB mundial se doblaría en apenas unos años (el tiempo que tardarían en emigrar los 700.000.000 de personas que en la actualidad quieren hacerlo, según el autor).

Pero este libro no es una obra de teoría económica ni de modelos matemáticos que demues-

tran cómo la migración puede aumentar el bienestar global en dicha magnitud. Es, por el contrario, una recopilación de historias vividas por el autor en su paso por decenas de países como periodista de *The Economist*, que ilustran la forma en que los movimientos internacionales de personas toman forma y mejoran el bienestar de todos.

Concretamente, Robert Guest destaca en sus relatos tres vías a través de las cuales un mundo sin barreras a las personas contribuye a la prosperidad mundial. La primera es que los inmigrantes explotan oportunidades de negocios invisibles para el ojo autóctono; al fin y al cabo, a medida que se integran en la cultura de acogida, los inmigrantes comparan esta con su cultura de origen, identificando necesidades y nichos no cubiertos (sin ir más lejos, el 30 por 100 de los emprendedores en Estados Unidos son inmigrantes). La segunda es que las relaciones interpaíses creadas por la migración aumentan la velocidad a la que se transmiten la información, la tecnología y el conocimiento (factores profundos del crecimiento económico). Y la tercera tiene que ver con la desconfianza asociada a cualquier transacción, más aún si esta es internacional: la diáspora juega así un papel de «puente» para combatir la información asimétrica propia de las interacciones internacionales (a qué persona

vender, a qué trabajador contratar o a qué inversores acudir).

China, por ejemplo, ha creado un ministerio que se dedica exclusivamente a apoyar a los 60.000.000 de chinos repartidos por el mundo. El autor tiene una visión algo menos benévola: este movimiento del gobierno chino responde, según él, al miedo que le generan las redes y circuitos creados por los expatriados, que, llegado el momento, se cree que podrían jugar un papel clave en la democratización de China. La historia muestra multitud de ejemplos de expatriados que vuelven a su país y derrocan dictaduras: Lenin en Rusia, Mbeki en Sudáfrica, etc.

El libro defiende que la democratización de un país es una consecuencia natural del crecimiento económico. Cuando la mayor preocupación de los ciudadanos es conseguir algo de comer antes de que acabe el día, no tienen tiempo ni energía para preocuparse por quién ocupa el Gobierno. Sin embargo, a medida que aumentan su renta, empiezan a habituarse a elegir qué tipo de pan comprar, a qué colegio enviar a sus hijos, etc. Y cuando, por ejemplo, se sienten estafados por su compañía de telefonía, simplemente la abandonan y contratan los servicios de una competidora. Esta clase media incipiente pronto se empieza a preguntar por qué esta dinámica no es aplicable al Gobierno de su país.

En línea con lo anterior, el au-

tor cree que el Partido Comunista chino se enfrenta a un dilema: para legitimar su Gobierno autoritario necesita seguir generando prosperidad, pero este crecimiento económico aumenta la probabilidad de que la población empiece a cuestionar el régimen. Además, continúa el autor, para mantener esas tasas de crecimiento el país necesita pasar de un modelo de crecimiento basado en la absorción de tecnología y de *know-how* a otro sustentado en la creación de conocimiento propio, para lo que resulta imprescindible fomentar un pensamiento crítico y autosuficiente (y que, a la postre, contribuirá a esa revolución democrática).

En ese proceso actuarán como catalizadores dos elementos clave. Primero, la diáspora china, numerosa, formada y con riqueza y poder, se sentirá atraída por la idea de una China libre, abierta y próspera al estilo de sus países de residencia, por lo que es muy probable que acuda a la llamada y auxilio de la revolución liberal. El otro motor de la democratización lo constituirán las redes sociales, capaces de crear circuitos de comunicación rápidos y descentralizados que escapan de los controles tradicionales de los Gobiernos autoritarios (las revoluciones en Túnez, Egipto o Libia son algunos ejemplos).

No obstante, las colonias de nacionales expatriados no suelen esperar a que su país de origen se convierta en un territorio próspero

o a las puertas de la revolución para reconectar con él, sino que, como es natural, mantienen una vinculación familiar y emocional que les mueve a crear lazos empresariales, sociales e institucionales con su país. El autor pone como ejemplo el caso de unos desarrolladores indios exitosos en Silicon Valley que hace unos años pusieron en marcha de manera altruista un sistema para la identificación biométrica de la población india (algo de extrema importancia en un país de 1.300 millones de habitantes que necesitan identificarse para cuestiones tan vitales como obtener las raciones de comida que les asigna el Gobierno). India es, de hecho, un país muy consciente del potencial de su diáspora (ya en 2003 su Presidente se dirigió a sus conciudadanos en el extranjero reclamándoles ayuda: «No queremos vuestras inversiones, sino vuestras ideas; tampoco queremos vuestras riquezas, sino la riqueza de vuestra experiencia»). Cualquier Gobierno que sea capaz de ver más allá de sus propias fronteras se percatará de las ventajas de mantener vivos los lazos con sus nacionales residentes en el extranjero.

Que la migración es un fenómeno globalmente beneficioso es algo relativamente obvio para la mayoría de los economistas. No resultan tan evidentes, en cambio, los efectos que causa en el país de origen la fuga de cerebros. Una postura

común es la de creer que la huida de trabajadores cualificados reduce la prosperidad del país al privarlo de ingenieros que construyan infraestructuras y de médicos que curen enfermedades. El autor del libro defiende, sin embargo, que existe evidencia de que una política de fronteras abiertas que permita salir del país tanto a trabajadores poco cualificados como a trabajadores más formados sigue siendo beneficioso para el país en cuestión, por tres razones.

La primera es que la posibilidad de explotar en el extranjero su educación superior incentiva a los nacionales de países pobres a formarse, y muchos de esos nuevos universitarios acabarán quedándose en el país en lugar de expatriarse (de hecho, algunos estudios muestran que, en neto, el número de trabajadores cualificados en un país pobre aumenta tras permitir que estos emigren al extranjero, pues el número de egresados universitarios aumenta en una proporción mayor).

La segunda razón es que quienes emigran a países ricos envían dinero a casa en forma de remesas, lo que constituye una fuente de financiación muy importante para los países en desarrollo: las remesas son contracíclicas, menos volátiles que la inversión extranjera, más fiables que la ayuda al desarrollo y constituyen la mayor fuente de financiación externa de los países en desarrollo (más

que la inversión directa extranjera, y el doble que la ayuda al desarrollo; en Tayikistán, por ejemplo, las remesas representan el 46 por 100 de la economía).

La tercera razón por la cual la fuga de cerebros puede ser buena incluso para los países de origen radica en que, como veíamos, los expatriados crean redes que potencian las relaciones económicas, financieras y comerciales entre su país natal y su país de acogida (más aún si se trata de personas cualificadas), generando crecimiento económico.

Las redes y conexiones generadas por los movimientos internacionales de personas sirven, como hemos visto hasta ahora, para contribuir a la prosperidad de los países abiertos. No obstante, dichas redes son tan poderosas que en algunas ocasiones también han llamado la atención de individuos con no tan nobles objetivos, y han sido utilizadas para sembrar terror y odio. El autor se detiene en explorar el papel que han jugado estas redes internacionales en los exterminios étnicos de África Central (entre hutus y tutsis), en el crimen organizado internacional o en la expansión del Estado Islámico.

Los dos últimos capítulos los dedica el autor a demostrar que el papel de Estados Unidos como potencia líder mundial deriva en última instancia de su capacidad para atraer trabajadores (sobre todo trabajadores cualificados). Su función

de polo mundial del talento sitúa al país en el centro de una red de interrelaciones económicas, financieras y sociales que se traducen en un *soft power* inigualable en el mundo, y que le permiten erigirse como el país de referencia.

Estados Unidos proyecta en el resto de países una forma determinada de ver y de entender el mundo. Esa filosofía es absorbida por aquellos que visitan el país, e importada por aquellos expatriados que vuelven a sus países de origen. De hecho, una de las ventajas de un expatriado que ha vivido en Estados Unidos es que puede ver qué aspecto tiene el futuro y trazar un plan para que su país natal pueda alcanzarlo más rápido (e, incluso, de manera más sólida, pues la ventaja de ser un país «seguidor» es que se evitan los errores del país pionero).

Es precisamente ese *soft power* el que, según el autor, va a permitir a Estados Unidos seguir desempeñando su papel de líder mundial, y ello a pesar de perder hegemonía militar (China, por ejemplo, está cerrando rápidamente la brecha con Estados Unidos en este ámbito). Al fin y al cabo, en la era de la información gana el país que consiga convencer con su narrativa, no con su ejército.

El autor concluye afirmando que la mayor amenaza para esa superioridad que ejerce Estados Unidos son, precisamente políticas antiinmigración que dejen de nutrir

la red de conexiones y relaciones que giran en torno al país. Ahora bien, en el momento de escribir el libro (2013), el autor se mostraba optimista: «[En Estados Unidos] ningún político abiertamente xenófobo podría hacerse con el respaldo que obtuvo Jean Marie Le Pen en Francia en 2002». La elección de Donald Trump en 2016 como presidente del país demostró que estaba equivocado.

Tampoco parece haber acertado el autor en sus predicciones de que la democracia llegaría a China «más pronto que tarde»: en octubre de 2017 el Congreso Nacional del Partido Comunista de China consagró a Xi Jinping al nivel de Mao, y en febrero de 2018 el presidente Xi dio los primeros pasos para cambiar la constitución y afianzarse en el poder.

En cualquier caso, la aportación fundamental de este libro no radica en las pronósticos más o menos acertados del autor (sobre eventos, por otra parte, muy inciertos), sino en su capacidad para ilustrar con ejemplos concretos y de primera mano cómo un mundo sin barreras a las personas conduce a un mundo más próspero.

**Alfonso Sahuquillo**